

las tempestades, relucirá siempre inmortal, como la esencia de nuestro ser, como la obra más grande y más hermosa del Eterno. (Estrepitosos aplausos). La historia del mundo, ha dicho un escritor profundísimo, es la historia de la libertad. La solidaridad humana es evidente, el hombre es uno en la historia. El hombre en la India estaba encerrado en la corteza de la creacion; inmóvil al pié de sus altares, su conciencia se perdía en la luz de aquellos astros como la luciérnaga en los rayos del sol, su vida en la sávia exuberante de la naturaleza como la gota de lluvia en el mar. Pero un día se sintió el hombre triste; dos pasiones luchaban en su corazón, dos ideas en su mente, dos dioses en sus altares, y fué osado á forjar una espada en el fuego del sacrificio, y se hizo guerrero, y se sintió más fuerte, y se llamó persa, y montado en el caballo del desierto fué disciplinando las razas asiáticas en su eterna carrera hácia Occidente. Y otro día el genio de la civilizacion asomó por las montañas del Líbano; el hombre se asentó bajo sus cedros, y vió á lo lejos el mar que le convidaba, como si fuera un cielo en la tierra, con sus argentadas espumas, con los cánticos de sus ondas, y se dió el hombre á la navegacion, y se llamó fenicio, y se sintió más libre; y aprisionó los vientos, y holló con sus plantas los mares, y se trasformó su destino. Al ver pasar al navegante entre las floridas riberas del Mediterráneo, del

fondo de las celestes aguas se levantaron como nereidas coronadas de perlas Grecia, Italia, Iberia; y Grecia recibió el genio fenicio, lo metamorfoseó en sus valles, y uniéndolo á su propio espíritu, animó con su soplo vivificador al hombre, creó el ciudadano; y Roma, recogiendo el genio de Oriente y el de Grecia, las almas de dos mundos en su gigante seno, forjó la idea de humanidad, y la humanidad por sus grandes trabajos, por su continuado martirio, por sus maravillosas obras, fué ya digna de recibir en su seno el espíritu de Dios; y Dios y la humanidad se unieron por medió del Verbo en el Calvario, y nació de esta union el mundo moderno; y en su nacimiento lo cercaron mil inundaciones, mil dolores, mil enemigos, y parecia que toda la gran obra de la libertad iba á desaparecer; y Dios levantó dos grandes rocas incontrastables contra aquellas tormentas, el Castillo feudal, para rechazar la fuerza con la fuerza; la Iglesia, para recibir como en eterna arca santa los espíritus; y la Iglesia llamó á los Cruzados cuando el feudalismo ya no era necesario, cuando habia rematado su obra, y bajo su manto nacieron las Universidades destinadas á educar al pueblo, para que acabara con los señores feudales; el derecho romano, destinado á quebrantar con su misteriosa unidad el caos del feudalismo; el municipio, pequeña bellota, de que habia de nacer la encina de la libertad; (Aplausos)

el arte antiguo, destinado á dar sentimientos de libertad á los ciudadanos; la autoridad de los reyes, destinada á formar las nacionalidades é imprimir en su frente la idea de igualdad; y cuando esta obra se habia concluido, el espíritu humano, exuberante de libertad y de vida, no cabia en el Viejo Mundo, y Dios, del fondo del Océano hizo salir otra creacion más espléndida, otro mundo más hermoso, y al calor de las ciencias, de las artes, el espíritu humano cobró nueva vida, pasó incólume por medio de las revoluciones modernas, sacó del seno de esas grandes tempestades nuevos derechos, nuevas ideas; y nosotros, hijos de tantos dolores, de tantas grandes obras, nacidos en esta tierra empapada de lágrimas y de sangre, cubierta con el polvo de los huesos de infinitos mártires de la libertad, debemos conservar y agrandar esta nuestra personalidad que ha sido toda la obra de la civilizacion, todo el gran trabajo de la historia. (Generales y repetidos aplausos).

Pero en la historia no existe solo la libertad humana y el hombre. El hombre solo con su libertad seria como un fantasma perdido en lo vacío. La existencia del sér finito supone la existencia del sér infinito, y la libertad supone la ley de la Providencia. Sobre la cúspide de los mundos, sobre el humano espíritu, en el inmenso santuario de la eternidad existe Dios, de cuyos labios des-

ciende el aliento que anima la creacion; de cuya frente baja el rayo de suave luz, en que se baña el sol y los mundos. Existiendo como persona absoluta en sí y por sí; razon fundamental de todo sér, causa de toda existencia; presente siempre en la naturaleza por sus leyes, en el espíritu por su revelacion; pensamiento absoluto, idea madre de todas las ideas; produciendo de su seno la vida, y conservándola con su bendito amor; inmutable eje de diamante sobre que gira la creacion infinita y absolutamente libre; verdad, justicia y hermosura perfectas; Dios, rodea toda la historia con la atmósfera de su Providencia.

La libertad humana, caminando siempre bajo la ley de la Providencia, realiza el progreso. La ley de progreso está encarnada en nuestra naturaleza y en nuestra conciencia. Es una condicion precisa de nuestro crecimiento intelectual y moral. El progreso atestigua á un tiempo nuestra grandeza y nuestra limitacion. Atestigua nuestra grandeza porque abre espacios inmensos á la actividad humana; atestigua nuestra limitacion porque si no fuéramos imperfectos, no tendríamos necesidad de progreso. El progreso es el camino que recorre el hombre para ir de un estado imperfecto á otro más perfecto; y por eso alcanza á todas las manifestaciones del espíritu humano; á las ciencias, á las artes, á la política. Dios que es absoluto y perfecto, no conoce progreso. Pero el

hombre por su imperfeccion y por su contingencia, necesita inevitablemente de esta ley para crecer y perfeccionarse. La idea de progreso en la historia es como la serie en filosofia, como la progresion en matemáticas. Cuanto más estudiamos al hombre, más nos convencemos de esta idea. Débil por su cuerpo, combatido por mil resistencias á veces insuperables, y activo con una actividad extrema, con una actividad que nunca desfallece, va acumulando fuerzas, ideas, elementos para seguir incansable su camino, como el árbol que brota de la semilla; rompe la tierra para respirar el aire y recoger la luz. Es cierto que el progreso indica el movimiento de la humanidad hácia adelante, hácia un ideal cuya realizacion está por venir; pero no es menos cierto que el progreso, esta idea fecundísima, enseña tambien cuán profundos y verdaderos son los instintos de conservacion en el hombre, y cómo no adelantaría un paso en su camino si no aprovechara los tesoros de las edades pasadas. Si miramos desde hoy los siglos pasados, veremos que no se puede concebir el progreso como una idea que salta caprichosamente de un punto á otro, no; cada edad encierra la edad que le precede y la edad que le ha de seguir; cada institucion y estado social reúne la institucion y el estado social de que nace y la institucion y el estado social que engendra; como el tiempo tiene tres términos, pasado, pre-

sente y porvenir; como la idea tiene tres formas, tésis, antitésis y síntesis; querer que el hombre retroceda, que viva fuera de la ley del progreso, es lo mismo que intentar que el pez viva fuera del agua, ó que vuele el ave dentro de la máquina neumática. No es dado á ningun hombre cambiar las leyes reales de la sociedad, como no le es dado cambiar las leyes de la conciencia, como no le es dado cambiar las leyes de la naturaleza.

Pero se suele decir: el progreso es una idea falsa, porque hay épocas mucho más tristes y mucho más angustiosas que las épocas precedentes. Esta objecion parte en mi sentir de un conocimiento superficial de la historia. Es cierto que hay épocas tristísimas, pero debe considerarse que toda idea al encarnarse en el tiempo y en el espacio vive dentro de un organismo; que estos organismos se quiebran, se deshacen á la accion del tiempo, y que entonces muere la parte orgánica de la idea, y muere con grandes é inevitables dolores. Pero siempre del seno de aquella organizacion rota por el dolor, por la muerte, surge otra idea más progresiva, más grande. El progreso es pues orgánico, y así se contesta á una parte de la objecion precedente. Pero hay otra contestacion todavia más persuasiva y concluyente. No debemos mirar las épocas en sí, debemos mirar las épocas por su objeto. Si miráramos la época en sí, resultaría más progresiva la República romana

que el Imperio, más progresivo el Imperio que los bárbaros, y á su vez más progresivo el municipio de la Edad media que las grandes monarquías de los siglos décimo-sesto y décimo-sétimo. Pero si miramos las épocas por su objeto, veremos que el Imperio que trae la unidad material de la especie humana es más progresivo que la República; y los bárbaros que traen la nocion clara del individuo, y caen de hinojos ante el Cristianismo, representan un estado social más progresivo que el imperio; como las monarquías del renacimiento formando las grandes nacionalidades, son más progresivas que los feudos de la Edad media.

Se ha querido tambien atacar el dogma del progreso, diciendo que todos los que profesamos esta verdad sostenemos que el hombre puede alcanzar la infinita, la absoluta perfeccion en la tierra. Esta es una acusacion gratuita. Si por progreso indefinido se entiende que no es dable fijar los límites concretos donde la humanidad concluirá su camino, ¿quién será tan arrogante que quiera conocer sus límites? Pero nunca el hombre, nunca, por mucho que progrese, por mucho que adelante, podrá salvar el límite que lo separa de lo absoluto, nunca podrá cambiar su naturaleza, nunca podrá lograr lo infinito, lo eterno en la tierra.

El progreso no fué en ningun tiempo un dogma de los antiguos; el progreso es un dogma

cristiano. Los indios creian el mundo un oscuro calabozo, un lugar de expiacion donde el alma humana purgaba delitos anteriores á su vida terrestre. Pitágoras, al pretender una revolucion política no ménos que una revolucion filosófica, buscaba el ideal de su doctrina en las entrañas de las sociedades asiáticas. Platon, queriendo modelar la sociedad con arreglo á su idea absoluta, y reflejar en el estado su propia conciencia, petrifica los pueblos como creyendo que la inmovilidad es la suma perfeccion, y encuentra en las castas de las antiguas sociedades ya rotas por el progreso, la ley de su sociedad y de su tiempo. Virgilio, el alma sin duda más llena de esperanza que la historia antigua nos presenta, el cantor de una nueva edad de oro, dice en sus libros que el mundo vuelve á lo pasado como barca empujada hácia atrás y combatida por el huracan y las hondas. Lucrecio, uno de los poetas más sublimes que guarda en sus anales la literatura, al ver que Júpiter no desata sus iras sobre Roma, que no la reduce á cenizas por sus crímenes, reniega de los dioses y de los hombres. El republicano Horacio, no comprendiendo que el Imperio venia á cimentar tambien la obra de la libertad, despreciaba ¡él! que habia huido en la batalla de Philippos, despreciaba las generaciones que le rodeaban y creia que su seno estaba destinado á engendrar el mal y la servidumbre. Caton, el

gran Caton, el espíritu más justo y más severo de los antiguos tiempos, cuando oye el ruido que la antigua República produce al desplomarse, y el canto de las vencedoras legiones de César, se parte con su espada el corazón donde ya no quedaba un resto de consuelo. Y Bruto, el último romano, la última encarnación republicana de la idea estóica; Bruto, que había llevado su amor á la libertad hasta el crimen, su odio á la tiranía hasta el desprecio de todo sentimiento humano; cuando se vió vencido, cuando las huestes de los triunviros rodeaban su tienda, en las sombras de la noche, de rodillas á los pies de un soldado, le pide como bien supremo la muerte, y al recibirla y espirar, dejando errar su mirada por los astros que iluminaban tranquilos aquella desoladora escena, pronunció estas angustiosas palabras: «virtud, nombre vano, engañosa sombra, esclavo del destino ¡ay! ¡he creído en tí!»: horrible muerte que concluye con un grito de maldición, grito nacido más que del dolor de un hombre, de las entrañas de la sociedad antigua, desposeída del mayor tesoro del mundo, de la santa y consoladora esperanza. (Aplausos.)

Señores, la idea de progreso es eminentemente cristiana. El progreso no es en el Cristianismo solo una ley reconocida por la conciencia; es también un deber impuesto á la voluntad. «Sed perfectos, nos dice Jesús, como mi padre que está

en el cielo.» El Cristianismo ha levantado, pues, á los ojos del hombre un ideal de progreso, que aunque el hombre no puede alcanzar nunca en la tierra, moverá siempre su voluntad á ir en pos de la perfección. «Sed perfectos, como mi padre, que está en el cielo.» Es decir, acercaos á Dios, en cuanto vuestra naturaleza lo consienta. Y como Dios es verdad, bondad y hermosura perfectas, el hombre debe perfeccionar cuanto le sea dable su verdad, la ciencia; su bondad, la moral, la política, la sociedad; su hermosura, el arte. Por eso puede con razón decirse que el reinado del Cristianismo en la historia es el reinado del espíritu. Y como el espíritu es inmensamente activo, el reinado del Cristianismo es también el reinado del progreso. Ved, señores, con cuánta razón me lamento de que se intente hacer á esta divina religión cristiana cómplice del absolutismo por esos hombres que gustan de respirar el fétido aire de los sepulcros, y que toman el fuego fosfórico, el fuego fátuo que produce la descomposición de los cadáveres por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. (Aplausos.)

¡Y aún se duda de que el Cristianismo haya derramado la idea del progreso en la historia! Jesús divinizó esa virtud progresiva que se llama esperanza: Jesús prometió que los hombres hijos de un mismo padre, hermanos, llegarían á tener un solo altar y un solo Dios. Este sentido de pro-

greso debió seguir influyendo en las obras de los Padres de la Iglesia. San Pablo enseña esta misma idea cuando dice que el hombre tenía nociones oscuras de Dios, porque era niño, y como niño su razón era débil, pero que cumplidos ya los tiempos proféticos debía Dios mandarnos su Verbo para adoptarnos por sus hijos. Los Padres de la Iglesia recogieron esas ideas, y las enseñaron al mundo maravillado. Y si no explicad ¿qué significa la celeste esperanza que centellea en la *Ciudad de Dios* de San Agustín?

Destronada Roma; vendida por el senado la estatua del valor; arrojados por los sacerdotes paganos los dioses á la voracidad de los bárbaros; triunfante el godo Alarico en el Capitolio, teniendo en sus manos el manto de los Césares empapado en sangre romana, pronto á arrojarlo tal vez en los hombros del último de los soldados; inundada de ostrogodos Grecia, de visigodos Italia, de francos y burgundos las Galias, de suevos y vándalos España, de alanos el Africa; convertida toda la tierra en una hoguera, todo el cielo en espantosa tormenta; mientras los paganos, sin fé en la mente, sin esperanza en el corazón, ciegos por haberse apagado el antiguo ideal romano, maldecían la edad de dolor en que habían venido al mundo, y renegaban de los dioses y de los hombres; San Agustín escribe su *Ciudad de Dios* á la luz de la hoguera, tomando su acento á la

tempestad; la *Ciudad de Dios*, rayo de luz en aquella espesa noche, iris de paz en aquella tremenda tempestad, santa y consoladora esperanza que enseña al mundo á convertir los ojos al norte de la Providencia, y á creer que del horno de aquellas guerras va á salir la humanidad más grande, más hermosa, más fuerte como poseedora de la única fuente de la verdadera vida, que es el espíritu de Dios.

Y no se crea que esta idea se borró completamente de la conciencia humana. Las crónicas escritas en la Edad media por los monjes, principiando siempre con el principio del mundo, nos dieron la unidad de la historia como el Cristianismo había enseñado la unidad de toda la especie humana. Todas estas ideas muestran que la noción de progreso, aunque oscurecida, no se extinguió por completo. Un escritor, no seguramente católico ni aun espiritualista; un escritor dado al materialismo, á esa doctrina que repugna á mi corazón y á mi conciencia, Augusto Comte ha dicho: «Es evidente también que la gran noción filosófica del progreso humano ha comenzado á surgir universalmente, por más imperfecta é incierta que en aquella sazón fuera, de los esfuerzos empleados por la Iglesia para mostrar su fundamental superioridad sobre todos los sistemas anteriores.» Y esto lo digo saliendo al encuentro á los que con un sentido filosófico más

ó ménos claro niegan que el Cristianismo trajera la noción del progreso al mundo.

Otro escritor, y este es católico, y católico que ha muerto por su virtud y por su fé en olor de santidad, y cuyas obras han sido publicadas por el clero francés, Mr. Ozanam, exclama: «Con el Evangelio comienza verdaderamente la doctrina del progreso.» Y esto lo digo para ocurrir á las observaciones de aquellos, que con un sentido religioso más ó ménos claro, niegan que nazca del Evangelio el dogma del progreso.

Esta idea naturalmente se esclareció en la filosofía; porque la religion, que nos ha dado las verdades divinas y las verdades morales, influye en la verdad científica. Esta idea se ha esclarecido en la filosofía moderna, Bacon, Bossuet, Boullanger, Turgot, Kant, Fichtte, Hegel, Saint-Simon; todos estos ilustres filósofos, pensadores ilustres, cada uno segun su escuela, segun su doctrina, por este ó por otro camino, todos han convenido en el dogma fundamental del progreso.

Todos conoceis su principios. Pero lo que sin duda no recordais en este momento es el nombre de un mártir ilustre en los anales de la libertad y de la ciencia, que oprimido de dolores, cercado de inmensos males trazó con mano segura y corazon entero el dogma del progreso á la pálida luz de las mismas teas que iban á consumir su vida. Ha-

blo de Condorcet y de su libro *Sobre la perfectibilidad humana*. ¡En qué tiempo se escribió este libro! Recordadlo, señores; la revolucion francesa está en su período de delirio; Francia embriagada por sus ideas, se halla poseida de una grandemencia como la Pitonisa en su trípode; la sociedad padece acerbos dolores al dar á luz una nueva idea política; el terror domina como absoluto dueño en la Convencion; el verdugo reina en la plaza pública; las calles de París resuenan con el estridente ruido de las carretas que arrastran á millares los desgraciados al cadalso; las instituciones antiguas reciben como si fuera la celebracion de sus funerales una sangrienta hecatombe en la Vendée; el nuevo mundo político se desgarrasus propias entrañas en la Gironda; los reyes de Europa rodean con sus huestes la Francia para ahogar aquel gran hervidero de ideas y de pasiones que iba á fundir en sus frentes la corona del antiguo absolutismo; el pueblo va devorando uno á uno sus hijos; Barbaroux es pasto de las fieras; la inteligencia de Buzot se apaga en un lago de sangre; la cabeza de Vergniaud, señores, de Vergniaud que habia infundido su espíritu á la revolucion, que le habia dado la poesía de su genio y de su palabra, cae en el cesto de la guillotina en medio de los aplausos de aquella misma muchedumbre que dias antes recogia entusiasmada el eco de su voz al pié de la tribuna;

y en medio de aquellos horrores, Condorcet perseguido, oculto, con la cuchilla del verdugo pendiente sobre su cabeza y el abismo de la muerte abierto á sus plantas; desgarrado el corazón, sabiendo que la desgracia se ceba en su familia, en sus amigos; entre estos horrores, decía, escribe con mano segura el dogma del progreso, como pudiera hacerlo un tranquilo solitario en su tranquila celda; y cuando por fin la muerte hiere su cabeza, cuando cae como todos los ilustres varones de Francia al pié del ara de la revolución, lejos de prorrumpir en maldiciones como Bruto, muere abrasado de fé, radiante de esperanza: alma hermosa, que como el águila, supera las tempestades y alza el vuelo sobre las negras nubes, y mira con mirar tranquilo y sereno, sin curarse del rayo que hierve bajo sus alas, el sol de la libertad y del progreso que inunda de luz su corazón y su conciencia. (Estrepitosos aplausos.)

Sin este dogma del progreso no se explica, no se puede explicar la historia. Así es, señores, que mal trataríamos de comprender los cinco siglos que vamos á historiar, si no convirtiésemos los ojos á la edad precedente. Los siglos, las edades se eslabonan como la série en la conciencia, como la progresion en matemáticas, como los organismos en zoología; se eslabonan mediante una gran idea, que los une, y que es la razon comun de su existencia.

El politeísmo habia llegado á pensar en muchos de los problemas que debia resolver el Cristianismo, y que ni la religion ni la filosofia antigua pudieron resolver; la idea del hombre, la idea de la humanidad, la idea de la libertad, la idea de Dios, la idea de la Providencia, existian oscuramente en el paganismo.

Sócrates predica la idea del hombre, le hace sujeto y objeto de la ciencia, dice que la razon domina en la naturaleza, y que una concertada armonía debe dirigir nuestra vida; une la moral con un sentido religioso, mas no puede hacer penetrar esta idea en la conciencia de aquel pueblo, que por una gran contradiccion tiene al hombre por tipo de todas sus ideas. El hombre se encorva bajo el peso del destino.

La idea de la humanidad, complemento de la idea del hombre, parece que va á posesionarse de la mente de los dos más grandes hombres de la historia antigua, César y Alejandro. Alejandro hereda el genio de todas las repúblicas griegas, es rudo como un espartano, elocuente y poeta como un ateniense; César, el genio de las dos grandes razas que dividen su patria, es elevado, grandioso como un patricio, expansivo, liberal como un plebeyo: Alejandro recoge en su alma todos los cánticos, todas las ideas, todas las glorias de la Grecia; César recoge todos los recuerdos y todas las aspiraciones de Roma: desea Ale-



jandro someter el mundo á su idea, y el mismo deseo se aposenta en el alma de César: corre el griego al Oriente seguido de sus huestes, derrama en los aires la idea griega que le posee, rompe con sus plantas las fronteras, congrega á los pueblos; corre César á Occidente, entra en las Galias, en la Bretaña, en la Iberia, en la Germania, y llama alrededor de su carro á todas las gentes, á todos los pueblos: quiere Alejandro en el fondo de los umbrosos bosques del Asia realizar la union del espíritu griego con el espíritu oriental, une sus capitanes con sus esclavas persas y asirias, se desposa él mismo con las reinas caídas en sus manos y en su lecho nupcial quiere que de su beso de amor salga un nuevo hombre, un nuevo pueblo que lleve los tesoros de las dos grandes almas que vagan por los aires; comprendiendo César que Roma vá á ser eterna, llama á sus festines á todos los pueblos, á su soberanía á todas las razas, rompe el estrecho recinto de los privilegios patricios, y hace sentar en el senado, en el templo de la ciudad aristocrática los senadores bárbaros; y las ideas de estos grandes hombres les sobreviven y dominan en la historia, porque Alejandría levantada por el conquistador griego, es despues de su muerte el centro de todas las ideas, la escuela de todos los filósofos del mundo, y Roma, cuya alma habia arrojado César sobre la tierra, es el trono de todas

las razas y el templo de todos los dioses. (Aplausos.)

Pero el hombre y la humanidad son nada sin la idea de libertad. La libertad es en la antigüedad una nocion oscurisima. La filosofia en los tiempos ante-socráticos, está encerrada en la naturaleza, y apenas sabe nada del hombre. Buscaba el principio de la vida en el agua, en el aire, en el fuego, en lo infinito, en lo contradictorio, en el número, y nunca descendia á la conciencia del hombre, aunque cada pensamiento nuevo que amanecía derramaba un nuevo aroma de espiritualismo en la ciencia. El alma para Pitágoras no era más que una hermosa nota de la eterna música de los mundos. Los eleáticos quieren adivinar algo de la libertad, levantar el alma á su personalidad; pero no pueden sostener esta alta concepcion y la dejan caer y anegarse de nuevo en el océano de la naturaleza. Sócrates comprendió más la conciencia que la voluntad. La escuela de Antístenes comenzaba á sentir la libertad, pero era una libertad negativa que consistia en aislar al hombre de los grandes objetos de sus ideas y de sus sentimientos, y confundirlo en sí mismo; libertad parecida á la que buscaban en el fondo de ocultas cavernas los eremitas de todas las regiones orientales. Platon, el genio sin duda más hermoso de los antiguos tiempos, cree que el alma se ve solicitada por movimientos dis-

tintos y discordes como los astros, como la materia; y en esto consiste toda su concepcion de la libertad. Aristóteles cree que la virtud es hija de la educacion, de suerte que apenas deja nada para la actividad del espíritu. Los estóicos fueron los que más cultivaron esta nocion de la libertad, de la voluntad. Pero fuera más ó ménos clara, lo cierto es, que en la antigüedad se comprendió la libertad de las clases sociales, pero nunca la libertad del individuo.

La idea de Dios, la idea de la Providencia, fueron estudiadas por Platon, por Ciceron; pero lo cierto es, que Dios, como padre de la humanidad, como persona distinta del hombre y del mundo, como sér absoluto, comprovidencia del hombre y de la historia, no aparece en toda su realidad hasta la aparicion del Cristianismo. He hecho, señores, estas indicaciones, para que se comprenda cuán grande, cuán dilatado, cuán inmenso es el horizonte abierto á nuestros ojos. Preciso será que disimuleis mi atrevimiento.

Creo haber delineado el cuadro. Roma, disciplinando con su espada vencedora las gentes, fundiéndolas al pié del Capitolio, dándoles una ley, un hogar, una lengua, levantando á su alto asiento á todas las razas para ungir las con el óleo de la soberanía; el Cristianismo, humilde en su origen, desterrado de Jerusalem su cuna, conducido por unos pobres pescadores sin ciencia por

el mundo, encerrado en el fondo de las catacumbas como la semilla en la tierra, y desde allí trastornando y demoliendo toda la sociedad antigua que se une para contrastar tan formidable guerra; los dioses, aglomerados como trofeos de una gran batalla, espirando sin culto en el Panteon; las ideas, que habian cruzado por la mente de la humanidad, todas las ideas, que habian atormentado á los hombres, congregadas en Alejandria como una gran hecatombe que la ciencia antigua ofrece á la nueva religion; la Iglesia, la Jerusalem divina, levantándose entre la tempestad y encerrando en aquel grande y pavoroso naufragio el espíritu de la civilizacion; los bárbaros, desgajándose sobre aquel mundo, con sus teas encendidas, con sus martillos prontos á pulverizar los cuerpos de los dioses paganos faltos ya del antiguo espíritu; todos estos elementos congregados, reunidos en una edad grandiosa, forman tan maravilloso y admirable cuadro, que no se puede á él convertir los ojos sin que se quede suspenso el corazon, atónita la inteligencia.

¡Época grande! ¡Época admirable! El espíritu humano en medio de la gran tempestad, muestra todas sus brillantes facetas y descompone todos los rayos de luz que se cruzan en aquellos horizontes. La conciencia de la humanidad que habia consumido ya el politeismo, árida y seca, espera la lluvia del cielo y la devora agradecida. El

hombre, que parecia gastado, podrido entre aquellas grandes miserias del Imperio, se regenera en el bautismo cristiano. Mientras los estóicos mueren, ó bien de desesperacion, ó bien á los golpes de la cuchilla de los Césares, el cristiano baja al circo y muestra la inmortalidad en su muerte. La impotencia de la horrible restauracion que intentan los paganos se muestra en toda su triste desnudez. En vano grandes y célebres escritores intentan resucitar la fé en los dioses, en vano se consultan los mudos oráculos y se ofrecen víctimas con abundancia en los altares; en vano los retóricos pronuncian pomposas arengas, recordando la hermosura de Venus, los trabajos de Hércules, los grandes beneficios hechos al mundo por el paganismo; en vano la aristocracia y la religion se aunan para salvarse en la gran personalidad de Símmaco; en vano el genio de Juliano el Apóstata corona con todo el esplendor de la ciencia, con todas las perlas del arte el gran cadáver del paganismo materialista; todo en vano: los dioses huyen de la tierra, la abandonan; los templos se caen; hasta las estatuas clásicas se pulverizan, y todo el paganismo invocado por unos, bendecido por otros, recalentado en los palacios de los Césares, en el pecho de los senadores, el paganismo se muere, se descompone, y deja solo cenizas en esta época de la historia. Las gentes que no han abrazado el Cristianismo, patentizarán que en su

pecho han muerto los restos de la antigua fé, y el día en que se presente en el circo romano un orador llamado Plotino, que hable griego correctamente y envuelva sus ideas en símbolos deslumbradores, todas aquellas gentes, ansiosas de una nueva creencia, le llamarán dios y le alzarán un templo.

La tempestad extenderá sus negras alas encapotando los horizontes. Aquellas inquietas tribus que habian devorado tantos ejércitos, parece que van á concluir con el mundo; y al entrar en Roma y esparcir por las calles y las plazas las piedras de aquellos inmensos muros, de aquellos grandes monumentos, una música divina suspende su corazón, es el canto de los sacerdotes cristianos; y su ira se desarmará, y se bajarán sus armas, hartas de matar, melladas de golpear en los huesos de las víctimas, é irán á escoltar al nuevo Dios, significando así que los bárbaros van á ser soldados del Cristianismo por la pureza hermosa de sus almas y por su amor á la libertad. La libertad bajará del cielo y se quebrará para siempre la terrible coyunda del destino. El siervo y el señor se llamarán hermanos, se unirán al pié del altar en un mismo destino. El extranjero sabrá que toda la tierra es su patria, y do quier vuelva los ojos encontrará su Padre que está en los cielos. Concluirá para siempre el valladar insuperable que apartaba unos hombres de otros hombres.